

Carmelo M. Bonet

La técnica literaria y sus problemas

APTITUD NATURAL Y ESTUDIO



EMPECEMOS con una pregunta que surge espontánea ¿es posible enseñar el arte de escribir? Contestamos: sí, es posible, pero hasta cierto límite. Como en todas las artes, hay algo que no puede enseñarse, que Salamanca no da, pues depende de una aptitud natural que el estudio educa pero no crea; aptitud que se manifiesta por una vocación más o menos tiránica. Esa misteriosa fuerza que es la vocación —y contra la cual nada puede ni la pobreza ni el sensualismo— convierte en fácil lo que es por naturaleza difícil.

Cuando existe vocación, el vencimiento de las dificultades desemboca en un placer, si bien en un placer doloroso. Imaginamos el de un Teodoro de Banville haciendo juegos malabares con las palabras; el de un Heredia luchando con un alejandrino rebelde; el de un Flaubert escondiendo su prosa como si fuese verso, y rehaciéndola una y otra vez con una pertinacia casi enfermiza. Cuando la vocación es flaca, vacilante, las menores dificultades se agrandan y resultan invencibles.

Esto de la aptitud natural no parece tanto un negocio de inteligencia como de sensibilidad. En efecto, hombres inteligentísimos, y

aún brillantes conversadores, sienten un incurable embarazo para expresarse por escrito: padecen de grafofobia. Unas veces la ideación va demasiado de prisa y la mano es incapaz de seguirla; y otras carecen del instinto de lo bello y de autocrítica. Y escriben, cuando se animan, páginas adocenadas o mazacotes ilegibles.

Pero no basta, naturalmente, la sensibilidad literaria, la aptitud congénita, la vocación, para escribir bien. Hay que agregarle el estudio, el conocimiento de la técnica, de lo que los franceses llaman *le métier*, el oficio. Y esto sí puede enseñarse.

En todos los tiempos ha habido gentes que han creído que este conocimiento era excusado si había talento. Para Sócrates el poeta es un ser distinto de los otros, un ser alado, ligero y sagrado, que escribe por inspiración, no siguiendo preceptos. Luego no es poeta el que se esfuerza en serlo sino el que ha nacido con una complejión espiritual apta para el comercio con las musas. Solía citarse esta sentencia de Demócrito: "El genio sabe más que un arte miserable y el Helicón excluye a los poetas sin espíritu". Esto, el poder prescindir de un arte miserable, es verdad si se piensa en un Homero, en un Shakespeare, en un Cervantes, en un Goethe, es decir, en el genio, porque el genio arrasa con normas, reglas y preceptos, y los crea a su medida. Pero no se legisla para las cumbres sino para los hombres comunes, para los habitantes de la llanura.

Apoyándose en la sentencia de Demócrito, muchos en la antigüedad se sintieron hijos favoritos de las musas; se creyeron, por eso, liberados de todo esfuerzo, de toda disciplina, de todo estudio. Horacio, en la *Epístola a los Pisones*, penetrada del buen sentido romano, se burla de estos infatuados. Para él —hoy todos compartimos esta opinión— el artista es la suma de estos dos elementos: aptitudes naturales y estudio. "No veo, dice, qué pueda hacer el estudio sin una rica vena —*sine divite vena*— y qué pueda hacer la naturaleza sin cultura"... "Una y otra necesitan mutuo socorro y quieren marchar unidas".

Apuntala esta verdad evidente con varios símiles: el del atleta que adiciona a disposiciones naturales —base física— un esfuerzo pre-

paratorio largo y doloroso; el del tocador de flauta que brilla en las fiestas de Apolo, pero nadie sospecha lo que tembló ante su *magister* para alcanzar tal maestría.

Muchos siglos adelante, tropezamos con ese concepto horaciano en Hipólito Taine. En su *Filosofía del arte* advierte a sus discípulos, como defendiéndose con anticipación de algún posible fracaso en su enseñanza: "En materia de preceptos no se han encontrado más que dos: el primero que aconseja nacer con genio, y ese es asunto de vuestros padres, no mío; y el segundo que aconseja trabajar mucho *a fin de dominar el arte*. Es asunto vuestro, tampoco es mío".

Antonio Albalat, el preceptista de nuestros años mozos, sin usar la palabra "genio", palabra excesiva, sino términos más humildes, opina como los precedentes: "Se puede enseñar a escribir al que no sabe, siempre que tenga lo necesario para saberlo". Y agrega que, felizmente, la mayoría tiene lo necesario para saberlo: aptitud natural; sólo que esa aptitud yace como adormecida por falta de gimnasia y educación.

Partiendo de esa base optimista, se enseña el arte de escribir, la composición, la técnica literaria. Y cada uno llega hasta donde puede. Porque hay grados en lo que toca al dominio de la expresión: desde la frase simplemente correcta de la persona culta, al impacto verbal de los estilistas del idioma.

Se ha dicho: la poesía (y, por extensión, el arte) no tolera la mediocridad: ser o no ser. Conformes: no todo el mundo puede ser gran poeta, ni escritor cabal (fatalidad, por lo demás, ingrata), mas todos pueden mejorar en algo sus recursos expresivos, hacerse dueños de una frase limpia, armoniosa, precisa, que satisfaga sus modestas necesidades intelectuales.

EMPIRISMO Y NORMAS

Suele afirmarse: se aprende a escribir escribiendo, como se aprende a nadar chapaleando en el agua y no leyendo tratados de natación.

Es verdad. Por eso el periodismo es almácigo inagotable de escritores. Pero algunas normas, sobre todo al principio, no están de más, porque aprisionan o conservan la experiencia ajena, a veces secular, y abrevian el tironico o aprendizaje. Se trata de normas que figuran en los libros de preceptiva, en las poéticas, en las retóricas, y que responden, en su mayoría, a la corriente clásica, o clasicista, porque vienen de lejos: de Aristóteles, de Horacio, de Quintiliano.

Conviene, creemos, empezar por ahí, por el módulo clásico, como en natación por el estilo de pecho. Después, dominado el instrumento, los secretos del oficio, el mecanismo del lenguaje, cada uno tome la vía que más le cuadre.

El joven quiere, casi siempre, de entrada ser original. Está en su psicología. Y para ello lo más cómodo es desasirse del pasado, que considera caduco, pasarle una esponja. El de ahora cultiva el *non sense* en poesía y la torticolis en la prosa. Muy bien: está en su derecho. Pero sería interesante que ese joven iconoclasta, enemigo de los clásicos, demostrase, antes de barroquizar, como lo hizo Góngora (*si parva licet componere magnis*), que es capaz de escribir con la transparencia de los clásicos, transparencia de agua honda remansada.

El arte de escribir resulta fácil o difícil según nuestras ambiciones. Fácil si nos contentamos con alcanzar cierto límite y nada más, con poseer una frase corriente, sin pretensiones estilísticas. Las dificultades empiezan a presentarse si deseamos superar ese límite utilizando el lenguaje no sólo como vehículo de ideas sino también como materia de belleza. Quienes alientan esa ambición resultan a menudo las víctimas de la literatura, forman la pequeña grey de los torturados. Persiguen, a lo Flaubert, la perfección. ¿Pero dónde está la perfección? Posiblemente es un espejismo, un bello fantasma que se nos escapa de entre las manos. Lo dijo Horacio hace dos mil años: "La mayoría de los poetas nos engañamos con la apariencia del acierto: intento ser conciso y doy en la obscuridad; a quien lima demasiado le abandona el nervio y el vigor; el que aspira a lo sublime cae en la hinchazón; el que pretende, temeroso de la borrasca, caminar sobre

seguro, se arrastra por el suelo; y quien se esfuerza por dar prodigiosa variedad a un asunto sencillo, acaba pintando al delfín en las selvas y al jabalí en los mares”.

LA INICIACION ES DIFICIL

El que quiera aprender a escribir, retenidos algunos principios rectores proporcionados por la teoría literaria, debe leer con amorosa atención a los maestros de su idioma y procurar desentrañar los secretos de su técnica. Es el aprendizaje por asimilación de lecturas. Y tiene que cultivar la paciencia, saber esperar, no contentarse fácilmente y, además, no apurarse en hacer gemir las prensas. Hoy la carestía de la impresión es un freno saludable. Hay que empezar bien, lo mejor que se pueda, como nuestro Enrique Banchs y como Larreta, cuyo hermoso cuento *Artemis* le sirvió de punta de lanza. Es grave error publicar antes de tiempo, sobre todo libros, cuando las ideas no están aún asentadas y la pluma es todavía bisoña, insegura, vacilante.

Hay un momento crítico en la vida del joven escritor, en que acusa la urgencia de publicidad, el ansia de ver en letras de molde el fruto de vigiliadas más o menos afebradas. A veces esa urgencia, en el muchacho de veinte años, proviene del deseo de levantar —¡qué ilusión!— la cotización del propio valer ante la chica que se está rondando.

Si el muchacho logra que le publiquen un artículo o una poesía en el periódico del barrio, manda en seguida media docena. Y en el afán de publicar mucho escribe de prisa y no trata de superarse, de hacer las cosas cada vez mejor. Y al fin sucumbe en la locución periodística, en la frase de todo el mundo, propia de los repentistas, o en el verso pueril o estrafalario.

Cuando los diarios o las revistas no le hacen caso y dispone de algunos pesos, saca a luz su primer libro, lo reparte él mismo por las librerías y lo regala con tropicales dedicatorias a gentes más o menos representativas dentro de la república literaria, a la que desea

incorporarse. Y comienzan las primeras desilusiones: el libro no se vende ni por equivocación y un silencio de tumba lo rodea y lo mata.

En ocasiones el silencio es injusto. Más de uno de esos libros primerizos denuncia talento o aptitudes por lo menos en potencia, y una palabra de estímulo dada a tiempo (como esas que de vez en cuando brindaban Lugones y Darío), sería para el debutante un acicate efficacísimo. Pero muy pocos de los que han pasado el Rubicón, de los que se sienten consagrados, se molestan en pronunciar en público esa palabra salvadora, porque no tienen tiempo, ocupados como están de sí mismos, con esa egolatría tan común en las gentes de letras.

Hay injusticias, sin duda, pero reconozcamos que casi siempre el silencio letal es merecido, porque la obra carece de madurez: es sietemesina. No ha habido paciencia para esperar la decantación que sólo el tiempo proporciona. Y parece por aquello de que "el tiempo no respeta lo que se ha hecho sin él".

Es sintomático: la obra principal (alguna sale con el retrato del autor), suele traer información como ésta:

En preparación:

Los carpinchos del aserradero (novela).

El sombrero sin alas (comedia en tres actos).

La rana azul (poemas).

Todo un vasto programa que pocas veces se realiza, que matan en germen las primeras realidades dolorosas. Es claro que si la vocación es auténtica, las dificultades inherentes a toda iniciación, se irán salvando a fuerza de tozuda constancia. Como las salvó Bécquer. Bécquer, de muchacho, estando en Sevilla, su patria, compuso sus primeros versos y pensaba, como todo mozo, ganar con ellos, en cuanto los publicase en Madrid, gloria y fortuna. Todo castillo de naipes. En Madrid pasó las de Caín: pobreza, vacío, orfandad. Finalmente, trabajando sin desmayo —su vocación era insobornable— le sonrió la fama, no la fortuna; esa fama retaceada que adquieren los

escritores emergidos mientras viven y que necesita de la muerte para redondearse. La conquistó con sus *Rimas*, dolor hecho poesía.

Ahora, cuando se tiene cierto renombre, ya no hay mayor peligro en publicar tonterías o vaciedades, porque el pabellón cubre la mercancía. Además, se toleran pensando que todos, aun los genios, tienen sus momentos de lasitud; dormitan, como Homero, alguna vez. Y es que "la cuerda no produce siempre el sonido que la mano desea".

TRASCENDENCIA DE LAS LETRAS

Creemos en la trascendencia de las letras como obra de arte. Muchos estudiantes consideran tiempo malgastado el que se insume en el estudio de las letras, y aprueban esos estudios desgadamente. Son pragmáticos: han decidido dedicarse al comercio, a la industria o a una profesión técnica: odontología, química, arquitectura... Su meta es ganar dinero y para ganar dinero las letras sirven de poco. Tienen razón. Otros piensan dedicarse a la ciencia, a la filosofía, a la política, y para escribir sobre estas disciplinas huelga la literatura. No somos literatos, se dicen los futuros físicos, historiadores, economistas, filósofos... Nuestra misión no consiste en elaborar frases sino en investigar, en hacer experiencias, en buscar la verdad.

Nada mas cierto. Mas el fruto de toda esa labor forzoso es envolverlo con palabras y si no se conoce el arte de tejerlas, el resultado será un bodrio que sólo gentes muy abnegadas se atreverán a morder.

Las ideas pueden presentarse con distinto ropaje verbal. Luego, el político, el filósofo, el científico, tienen la posibilidad de exponerlas de muchas maneras, lanzarlas a la circulación con distintos envases. Y bien: de este envase, o estilo, depende más de una vez su éxito o su fracaso. Las experiencias y las nuevas verdades no se esparcen por el mundo sino cuando se apodera de ellas el hombre que domina la palabra. A las ideas, como a las personas, las juzgamos por su apariencia. Hasta los perros ladran a las personas mal entrazadas. Hasta el lector más benedictino abandona el libro cuando las ideas están

expresadas con desaliño y torpeza, con imprecisión y afectación, con pedantería tecnicista. Lo sabía Claudio Bernard, el científico; lo sabía Bergson, el filósofo; lo sabe Churchill, el estadista: ciencia, filosofía, política, en plumas brillantísimas.

He ahí por qué esta faena, al parecer tan humilde, de enhebrar palabras, de domesticar el idioma, de manejarlo con cierta soltura, tiene su trascendencia. Merece meditarse, por su trastienda, esta conocida estrofa de Teófilo Gautier:

*Tout passe. L'art robuste
seul a l'éternité.
Le buste
survit a la cité.*

Sólo el arte robusto goza de eternidad. Sólo los frutos del espíritu —los auténticos, los altos— resisten la acción destructora del tiempo. Los ejemplos brotan en tropel. De la Grecia legendaria, la del siglo VIII, no quedan en lo material sino ruinas. Pero sobre esas ruinas se ciernen eternos, como grandes pájaros, los exámetros de Homero, es decir, lo que parecía más débil, más inconsistente, menos vividor. De la Atenas de Pericles poco ha quedado en pie. Pero no se ha extinguido el mensaje de sus poetas, la lección plástica de sus escultores, las ideas de sus filósofos. Desde el fondo de la historia, esa Grecia inmortal sigue señalando rumbos a los pueblos más civilizados. Los versos de Virgilio y de Horacio, más resistentes que el bronce (*aere perennius*, dijo Horacio sin falsa modestia), sobreviven a las murallas, a los circos, a los acueductos romanos. De la Jerusalén de las Escrituras no ha quedado piedra sobre piedra, pero las divinas palabras del Crucificado, vivas, eviternas, llenas de luz, continúan siendo el más dulce consuelo de la desvalida criatura humana. Del reinado de Alfonso el Sabio no nos interesan los hechos militares, los cambios en el mapa político —¿qué ha quedado de todo eso?— pero sí lo que elaboraban en la librería del palacio, sabios dirigidos por el rey: la *Crónica de España*, la *Grande y General Historia*, las *Partidas*; toda

esa labor paciente y silenciosa del espíritu que el hijo del monarca, Sancho el Bravo, haría continuar.

El menosprecio de la inteligencia es estigma de nuestra época, época del hombre masa, del menestral y del hombre negociante. Es difícil que un yanqui de nuestros días comprenda que las enormes usinas, que los rascacielos, que el poderío físico, vivirán menos que la memoria de Poe o de Whitman, para no citar sino poetas. Cuando ya nadie se acuerde de Krup, el coloso de la industria bélica, seguirán viviendo en el corazón de los hombres Mozart, Beethoven, Goethe, Schiller, Heine... A las montañas de hierro y cemento, que parecen tan sólidas, las come el orín, el tiempo las pulveriza (y ahora las bombas). Todo eso, ¡oh, Fabio! es transitorio, perecedero, "verdura de las eras", y sólo cuentan a la postre las cosechas del espíritu.

Para la fama de una nación importa más que la riqueza acumulada, que una balanza comercial favorable —¡todo ello tan cambiante!— el haber criado a sus pechos espíritus de excepción. Da más renombre a un pequeño país, como Noruega, el haber tenido un Ibsen, un Grieg, que el disponer de enormes cardúmenes de bacalao. Honra más a la India un Gandhi, alma pura, alma fuerte, que sus posibles conquistas materiales. El trágico error de Mussolini fué pretender convertir en país castrense el país museo por antonomasia. La grandeza de Italia la hicieron, a través de los siglos, sus artistas, no sus soldados ni sus comerciantes. Pesa más Florencia que Chicago.

Y bien, resumiendo: si las cosechas espirituales son, en última instancia, las que más rinden, es preciso, si se trata de ideas, vestir las bien. Las ideas más hondas y altas, si exprimidas zurdamente, no prenden en las almas. Pero echan raíces si agregan a su hondura o altitud el hechizo de la forma, como en las parábolas de Jesús, como en Montaigne, en Pascal, en Emerson, en Menéndez y Pelayo, en Ortega y Gasset, y en tantos otros, feliz conjunción del pensador y del artista.